

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

A José "Pepe" Rodríguez Elizondo la muerte le salvó la vida. Siendo fiscal de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo) en el gobierno de Salvador Allende —es decir, tuvo la responsabilidad nada menos que de estatizar la banca—, el 11 de septiembre de 1973 era un objetivo clave para los militares que llegaron temprano a buscarlo a su oficina. Pero otros detuvieron su automóvil en el camino y lo obligaron a volver a casa. Días después, refugiado en el departamento de una académica de su facultad, supo que había muerto en un enfrentamiento. O así se lo contó a su amiga un pariente, para el cual esta "no era una noticia triste". Él no lo desmintió, claro: si estaba muerto, nadie lo buscaría. Sus padres celebraron con discreción su "resurrección secreta" y después de diversas gestiones, en las que intervino de manera crucial su suegro, logró asilarse en la embajada de Suiza y, tras cinco meses, salir al exilio.

Este es el punto de partida de *El día que me mataron y otros capítulos de mi memoria* (Catalonia, \$16.500), una ágil inmersión en los recuerdos a través de los más diversos personajes y hechos de relevancia histórica y mundial. Especialista en temas internacionales y en particular en las relaciones de Chile con Perú y Bolivia, Rodríguez Elizondo tiene varios libros publicados al respecto, pero además es autor de novelas y cuentos. Ahora se aventura en estas memorias, aunque con un par de premisas: no serían estructuradas cronológicamente y dejarían de lado sus vivencias anteriores a ese día en que "lo mataron", salvo algunos necesarios *raccontos*.

Así, en el capítulo "Países escogidos" recrea impactantes momentos de su asilo y posterior fuga de la RDA; su exilio dorado en Lima, donde pasó a integrar el selecto grupo de periodistas de la

ENTREVISTA | "El día que me mataron y otros capítulos de mi memoria"

La vida exagerada de Rodríguez Elizondo

El abogado, escritor, periodista, diplomático, docente, caricaturista y experto en relaciones internacionales narra parte de sus sorprendentes memorias.



ARCHIVO JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO

Fiscal de la Corfo durante la Unidad Popular. Aquí, con el cardenal Silva Henríquez, el Presidente Allende, Felipe Herrera y Fernando Castillo Velasco.

revista *Caretas*; sus intentos de regresar a Chile; la tan anhelada visita a La Habana. Sigue con "Actores escogidos", perfilando a escritores, políticos, militares y economistas con los que se relacionó —como periodista o en otras circunstancias— y que protagonizaron el siglo XX: Neruda, Jorge Edwards, Volodia Teitelboim, Orlando Millas, Artur London, Paul Samuelson, Milton Friedman, Alan García... El libro concluye con un decálogo bibliográfico del "extremo centro" y con abundantes fotografías que avalan sus recuerdos. "Mi archivo es elefantiásico", asegura.

Mirando hacia atrás, no duda respecto de cuál fue la mejor etapa de su vida: "Con la perspectiva que me da la última juventud lo tengo claro: fue mi reinvención como periodista profesional en el Perú. Oportunidad que, para un exiliado, era la utopía misma y que me insertó en un nivel cultural más alto que el acumulado en la patria prohibida". Ahí, bajo la dirección de su admirado Enrique Zileri y con sus colegas de *Caretas*, "ejercí un periodismo que no se enseña en las universidades", asegura. "Desde esa plataforma aprendí diplomacia nada menos que con Javier Pérez de

Cuéllar, Juan Miguel Bákula y Arturo García. Profundicé en los temas militares con el general Edgardo Mercado Jarrín, el intelectual castrense más prolífico de la región. Si agregó que los peruanos son más simpáticos que nosotros y que mi esposa, Maricruz, tiene allá un familión, reconozco que en el Perú empecé a sentir lo más parecido a la felicidad".

—¿Fue bien comprendido ese cariño peruano al entrar a la diplomacia?

—El canciller Silva Cimma y los diplomáticos realmente profesionales apreciaban contar con un compatriota que conocía bien el Perú, su cultura, su historia. Pero hubo funcionarios de menos luces que me hicieron algunas zancadillas".

El libro no solo revela la diversidad de experiencias y temas de interés del autor, sino también su ductilidad para mezclar formatos: ensayo, crónica, perfiles, entrevistas, extractos de cartas, un decálogo de los libros que guiaron su tránsito ideológico, etc. "Es un punto técnico importante para mí —admite—. Disfruto la buena literatura, pero creo que sus géneros no se reducen a la narrativa y la poesía. Para mí, el ensayo y el periodismo también son o pueden ser literatura. Incluyo materiales heterogéneos, incluso fotos y dibujos, pero no los inserto como un *patchwork*. Aquí hay un tratamiento que los contextualiza".

En una reseña publicada en es-

tas páginas, el también internacionalista Alberto Sepúlveda Almarza lo instó a escribir sus memorias. La estructura fue surgiendo sola. "Efectivamente, esa reseña de Alberto fue el incentivo. Me hizo pensar que, tras una vida escribiendo sobre el mundo exterior, como ensayista, periodista y narrador, me faltaba escribir desde mi yo, como testigo. Recordé entonces al célebre Tito Mundt y su gran texto periodístico *Yo lo conocí*. Di pistas sobre la rivalidad oculta entre Orlando Millas y Volodia Teitelboim; destaqué la coherencia política de Jorge Edwards; revisité el día en que Neruda fue mi regalo de cumpleaños para unos amigos;

comparé la distancia entre el Milton Friedman animal dogmático, que mostraban los medios, y el Milton Friedman curioso y lleno de fobias, tan parecido a Woody Allen, que entrevisté en Machu Picchu; mostré la dramática distancia entre el Artur London víctima de Stalin representado

por Yves Montad en el filme *La Confesión*, y el "Gerard" (su *nom de guerre*) apacible y bondadoso que conocí en su casa parisina. Todo esto supuso bucear en la memoria de otros, revisar textos, archivos, cartas, fotografías y descubrir que los recuerdos procesados traen recuerdos en cascada".

Dice que se demoró casi un año en escribirlo, lo que es su promedio actual por libro. "Pero según mi esposa e hijos esta vez estuve más absorto, 'más volado', que nunca. Tal vez porque algunos

recuerdos traían nostalgias, dolores y hasta descubrimientos".

Como testigo privilegiado, Rodríguez Elizondo da algunas luces sobre hechos desconocidos para la mayoría de los chilenos. Aquí elige uno de ellos: "Quizás la arista peruana de la guerra de Las Malvinas. Ese momento en que el general Luis "el Gaucho" Cisneros, ministro de Guerra de Fernando Belaúnde, se saltó olímpicamente al canciller y al jefe de Estado, para promover el envío a los argentinos de todo tipo de ayuda bélica, cañones, tanques, buques y aviones. Entre bambalinas, se temió un golpe de Estado. El detalle inquietante para Chile fue que Cisneros quería enviar el grueso de esa ayuda a través del Estrecho de Magallanes".

En la introducción, el autor dice que los personajes mencionados le ayudaron a procesar sus diez interrogantes políticas vitales, y las enumera. "En lo fundamental —señala—, llegué a entender que el pragmatismo es la búsqueda consensuada de soluciones realistas y que no equivale al oportunismo ni a una carencia de ideales. Por añadidura, me sirvió para arrancar de todos los dogmas políticos y asumir que no siempre quienes te contradicen son tus enemigos. En un tema muy decisivo para la Historia de Chile, me di una respuesta aterrizada sobre la complejísima relación entre Salvador Allende y Fidel Castro, tan nociva para nuestro Presidente y tan soslayada por nuestras izquierdas. Creo que de allí viene mi transversalidad y mi adhesión al 'extremismo de centro', que hoy por hoy no es chiste", concluye.

